

La Lucila selva: historia de un ave



Laura Marcela Aguirre Martínez

“Cuando el quebrantahuesos pasa volando, es que la selva se va a cerrar. Nunca desconfíes de tus sentidos, mi luz, mi niña, mi Chimachimá”, le decía su madre cuando recogían la cosecha y súbitamente pasaba un caracara sobre el cultivo. Eran recuerdos de otros tiempos, cuando a Lucila no la habían arrancado de raíz de su mundo conocido, cuando habitaba el campo fértil y no el campo de batalla. En ese entonces, sus manos aún sostenían juguetes y no armas.

Aquellos recuerdos visitaron su memoria la tercera noche de expedición, mientras realizaba el inventario de especies. Esta era una de las funciones en su nuevo oficio como guía experta. Pensó que no había visto a ningún quebrantahuesos desde que abandonó el frente guerrillero, aunque recordaba bien el momento: al caracara se lo reconocía primero por el olfato. El olor de la selva se hacía más penetrante, la humedad detenía el aire y la respiración se volvía caliente. Después se lo identificaba con el tacto: un hormiguo recorría los brazos hasta llegar a los dedos, ya hechos agua por el sudor abundante. A continuación, Lucila lo veía claramente sobrevolando el río y entendía todo: esa

noche, la selva iba a cerrarse. Se estremeció de solo recordarlo y continuó con el registro de los animales y las plantas de Charras, una región oculta en el corazón de la selva colombiana.

La mañana anterior había descubierto una familia de “tucusitos”, pequeños colibríes de cabezas pardas y picos rojos. Sonrió y recordó que siempre quiso ser un ave, una chimachimá, y volar junto a sus hermanos los “milvagos”. Cuando lloraba por alguna reprimenda, cambiaba de apodo y se convertía en “Puku pukú”, porque, según su madre, se parecía al llanto de un pichoncito que habitaba selvas extranjeras. Quería ser un ave, pero nunca lograba decidir cuál, pues las opciones eran tan diversas como los colores de sus plumas. Así que tomaba un pedazo de papel y pintaba el plumaje gris oscuro de la monja unicolor, la cara amarilla del chimachimá y el pico rojo del diamante cabeza parda, pero más largo, como el pico del tijereta gris. En su adolescencia, ya en la guerrilla, añoró con toda su alma convertirse en pájaro y poder abandonar el campamento en las noches que más extrañaba a su madre.

(Mi luz, mi niña, mi Chimachimá)

Se descubrió perdida en aquellos pensamientos y dibujando aves de un solo trazo en un extremo de la hoja, cuando escuchó la voz de Mayra:

—¿Qué haces despierta, Lucila?

No venía sola, la las acompañaban los hijos menores de ambas, Yeikon y Mauricio, de siete y seis años, respectivamente.

Los niños habían nacido en medio del combate armado y aunque no tenían recuerdos conscientes de aquellas épocas, su reloj biológico parecía evocar las noches de caminatas interminables en los brazos movedizos de sus madres.

—Yo tampoco puedo dormir, Mayra, ¿qué les pasó a los niños?

—Que quieren un cuento, dicen.

—El del quebrantahuesos, mami —soltó Yeikon.

Su estómago le dio una vuelta y su rostro se tornó sombrío.

(Tranquila, mi Puku pukú, Chimachimá)

Aquel no era un cuento, esa fue solo una excusa que había inventado Lucila un atardecer caluroso, dos años atrás, cuando avistó al quebrantahuesos mientras lavaba los uniformes en el río. Sus hijos, Yeikon y Yina, jugaban en el agua cuando el olor a verde y el sudor lo invadieron todo sin que nadie más lo notara. Las nubes grises se multiplicaron y Lucila supo que tenían que apresurarse. Llamó a sus compañeras y a los niños, quienes no sentían nada extraño, pero obedecieron a la advertencia implícita.

Ahora no habitaba la zozobra de la guerra, contaba con un oficio y un lugar seguro. Pero era imposible olvidar las señales de la naturaleza, que la habían acompañado desde siempre.

—¿El del pájaro invisible? —respondió Mauricio.

—¡Sí! —gritaron ambos y Lucila se rindió ante las vocecitas.

Por supuesto que el caracara quebrantahuesos no era invisible, pero, en el antiguo grupo de compañeros de la resistencia armada, solo Lucila podía sentir su presencia y verlo atravesar los ríos como señal premonitoria. Había sido un regalo de su madre a ella y a sus hermanos; un regalo con propósito desconocido hasta que fue reclutada. También a su madre la llamaban “Chimachimá” de pequeña, así que el apodo y la habilidad de ver al pájaro mensajero eran su herencia.

Cuando aquello ocurría, Lucila le contaba su hallazgo al comandante del frente, quien se había convencido de la veracidad de sus palabras, tras casi morir en una noche de selva cerrada, rodeado por sombras con formas humanas y animales. Ramiro, un hombre enorme y barbado, por lo general cancelaba los planes, aunque, cuando era verdaderamente necesario hacer el recorrido, lograba llegar a una especie de acuerdo con la “Madre”, es decir, con la selva. Lucila sabía que el ritual desconocido había funcionado porque el cielo se despejaba y Ramiro se dirigía al grupo diciendo: “Nos guía esta noche la Lucila selva, la Lucila luna”. Esta frase indicaba que emprenderían la marcha pronto y que Lucila encabezaría el grupo.

—La-luz-y-la-selva, la-luz-y-la-luna —repitió Lucila—, con cuidado de no despertar a los niños que se habían rendido al sueño antes del final de la historia.

Mayra conocía a su amiga desde hacía más de una década y

sabía, por su actitud, que las esperaba una noche asediada por los recuerdos. Preparó café para ambas y rompió el silencio:

—Este café caliente me recuerda las aguas del Putumayo — dijo.

—Tengo un presentimiento —respondió Lucila, como si no hubiese escuchado a su amiga.

—Eso es que está nerviosa por la expedición, Lucila, pero usted, que es la luz de este grupo, va a encontrar lo que busca, va a enseñarles el camino —afirmó Mayra.

Por aquellos días solo se hablaba del descubrimiento de Lucila. Había sucedido un par de semanas atrás cuando caminaba cerca del río Guaviare, mientras recordaba las palabras de su madre: *“Chimachimá, el río es el espejo del cielo”*. Trataba de evocar su voz cuando escuchó un graznido aterrador, como un llanto, similar al de sus excompañeras cuando perdían a sus hijos antes de darlos a luz. Serían poco más de las cuatro de la tarde, pero el sol se había ocultado entre las aguas.

Lucila se había detenido, atemorizada, para buscar su teléfono móvil en el bolsillo. Aún le costaba hacerlo parte de sus pertenencias, llevar un celular en todo momento, como quienes nunca habían conocido la desconexión y el destierro.

Siguió el sonido con sus ojos y sus manos. Cuando tuvo el ave a la vista tomó varias fotos para ingresarlas en el registro digital. El ruido cesó en cuanto el ave se percató de su presencia, pero Lucila no se quedó a observarla. Volvió sus pasos al poblado con

el corazón en la mano, mientras se repetía a sí misma que ya había visto aquella imagen antes, aunque el sonido le hubiese resultado tan extraño. Se decía, también, que los expertos sabrían nombrarla.

¿Llanto o graznido? ¿Llanto o graznido?

(Nunca desconfíes de tus sentidos, Chimachimá)

Mayra convenció a Lucila de ir a dormir, pues no lograba concentrarse. Tendrían que terminar los preparativos en la mañana y, hacia el mediodía, partir junto al grupo internacional de investigadores en busca de la curiosa ave. Las fotografías publicadas en la aplicación habían despertado tanta curiosidad, que se había programado una visita extraordinaria para intentar identificar la especie.

Al verlos llegar días atrás, Mayra había comentado en el grupo de mujeres:

—No saben ni caminar, son como unos niños. Hay que decirles qué tocar y qué no, cómo moverse, cuándo callar y cuándo hablar. —Todas habían reído al escucharla.

—Somos madres, por vocación enseñamos a otros a caminar, a proteger y a defenderse, tal como la Madre lo ha hecho con nosotras —había respondido Lucila.

Pero esa noche, tres jornadas después de caminatas interminables, Lucila se durmió pensando en lo agotador que era ser madre y ser luz, cuando en ese momento se sentía como una huérfana perdida en la oscuridad. Una vez más

deseó convertirse en pájaro y pensó que Yeikon y Yina, quienes imitaban perfectamente el canto de muchas especies de aves, ya iban un paso delante de ella.

Al día siguiente, la expedición transcurrió en calma y hacia las cinco de la tarde se filtró el sonido del agua entre las piedras: el río estaba cerca. Poco después, el mayor temor de Lucila se hizo realidad. Intentó evadir el fuerte olor a verde y a selva que caía como lluvia invisible y se posaba en el ambiente. Movi6 sus brazos para evitar el hormiguelo y se sec6 el sudor de las manos, pero fue inútil. Mientras tanto, Mayra hablaba animadamente sobre las aguas del Amazonas y del Guaviare a los científicos, quienes no se percataban aún de lo que sucedía. Lucila parpade6 fuerte antes de mirar al cielo y fue ahí cuando lo vio: un caracara quebrantahuesos atravesando el río, en calma, siguiendo el cauce como quien se dirige sin angustia hacia el infinito.

Sintió que todo su cuerpo temblaba y llamó a Mayra, aún con la mirada puesta en el cielo. Su compañera, quien solo veía copas de árboles y nubes, entendió el mensaje y trató de tranquilizarla.

—Es noche de selva cerrada —soltó Lucila.

—Lucila, cálmese. No podemos salir corriendo, estamos cerca de donde se encuentra el ave y todo el equipo debe partir de regreso en la mañana —dijo Mayra.

Lucila estaba a punto de responder cuando escuchó el graznido característico. Todos coincidieron en que aquel silbido era similar a un llanto. Los investigadores prepararon las

cámaras y, junto a Mayra, siguieron avanzando cerca de la orilla, girando su cuerpo para tratar de encontrar el animal.

A Lucila le pareció oír una voz proveniente del agua, así que se acercó para escuchar con mayor claridad. Sobre una piedra descansaba, con pico azul cielo, ojos color miel y rostro de fuego, un caracara quebrantahuesos en calma.

(Nunca desconfíes de tus sentidos...)

—Nos encontramos, Chimachimá, eres igual que tu madre. No intentes huir de esta selva que estás llamada a proteger, no se cerrará la tierra, ni el río, ni el cielo, si los recorren guardianes de buenas intenciones.

Al mismo tiempo, a una decena de metros, Mayra fue la primera que avistó el ave de las fotos de Lucila: plumaje blanco y café, cara amarilla, pico blanco. Se trataba de un chimachimá, aunque de mayor tamaño y aspecto longevo, que dejó de emitir su sonido en cuanto se posó a su lado otra ave: esta sería el mayor descubrimiento de la jornada. Como un pájaro hecho de retazos, la recién llegada portaba plumaje gris oscuro como el de la monja unicolor, la cara amarilla del chimachimá y el pico rojo del diamante cabeza parda, pero más largo, como el pico del tijereta gris.

Los investigadores tomaron fotografías, maravillados, mientras Mayra corría por la orilla en búsqueda de Lucila. Pero no la encontró. No lo hizo en ese momento ni en las horas siguientes, en las que ella y el equipo la buscaron. Tras una larga

caminata por una noche despejada, alumbrados por la luz de la luna, decidieron tomar una canoa para continuar la búsqueda río abajo, pero fue inútil. Su compañera había desaparecido en medio de la luz y la selva, de la luz y la luna.

Regresaron al poblado exhaustos y al llegar les informaron que también Yeikon y Yina, los hijos de Lucila, habían desaparecido. Mayra lo comprendió todo mientras tomaban el desayuno. En un árbol cercano se posó el ave gris de pico rojo, aún indeterminada, acompañada de sus dos pichones. Les sonrió breves segundos, antes de verlos alzar vuelo y perderse en el infinito.

Nombres científicos y comunes de las aves:

Caracara cheriway: caracara quebrantahuesos

Milvago chimachima: chimachimá

Amazilia fimbriata: diamante cabeza parda

Prilorelys resplendens: puku pukú

Monasa nigrifons: monja unicolor

Tyrannus savana: tirano tijereta gris

Lucila's Rainforest: The Story of a Bird



Laura Marcela Aguirre Martínez

Translation by Laura Kynnersley

‘When the crested caracara flies over, it’s an omen from the rainforest itself. Never doubt your senses, my light, my little girl, my Chimachimá,’ her mother used to say to her whenever they were gathering the harvest and a caracara suddenly flew over the crops. They were memories of times gone by, before Lucila had been uprooted from her own familiar world. A time when she lived amongst fertile fields, not battlefields. A time when her hands still held toys, not weapons.

Those memories came to her on the third night of the expedition as she did the species inventory – one of the tasks in her new role as an expert guide. She didn’t recall seeing any crested caracaras since she’d left the guerrilla front, although she remembered the sight well. She would first smell the caracara’s presence; the smell of the jungle became more pungent, the air was close and humid, and all breath turned warm. She would then feel it; a tingling ran through her arms until it reached her fingers – already damp from the abundant sweat. Finally, she would see it clearly, flying over the river, and she understood. That night, the jungle was sending a warning. She shuddered

at the memory, and continued with the inventory, logging Charras’s animals and plants. Charras, a region hidden deep in the heart of the Colombian jungle.

The previous morning she’d discovered a family of *tucusitos* – small hummingbirds with brown heads and red beaks. She smiled, remembering that she’d always wanted to be a bird – a chimachimá – and fly with her ‘milvago’ brothers. Whenever she cried after having been reprimanded, her nickname changed, and she became ‘Puku pukú’ since, according to her mother, her cry resembled that of the little pigeon-like bird that inhabited foreign jungles. She wanted to be a bird, but she could never decide which one, seeing as the options were as diverse as the colours of their feathers. So she would take a piece of paper and would paint the dark grey plumage of the black-fronted nunbird, the yellow face of the chimachimá, and the red beak of the glittering-throated emerald hummingbird – only longer, like the beak of the fork-tailed flycatchers. During her youth, already in the guerrilla, she longed from the bottom of her heart to turn into a bird. To be able to leave the camp on the nights that she missed her mother the most.

(My light, my little girl, my Chimachimá)

She found herself lost in her thoughts, drawing birds at one end of the paper using one single stroke, when she heard Mayra’s voice.

‘Why are you still up, Lucila?’ She wasn’t alone, but instead accompanied by both of their youngest children – Yeikon and Mauricio, aged seven and six, respectively. The children had been born in the midst of armed combat and although they had no conscious memories of those times, their body clocks seemed to evoke the nights of endless walks in their mothers’ swinging arms.

‘I can’t sleep either, Mayra. What’s happening with the children?’

‘They’re asking for a story.’

‘The one with the crested caracara, Mummy,’ added Yeikon, eagerly.

Lucila’s stomach churned and her face turned grim.

(Easy, easy, my Puku pukú, Chimachimá)

It wasn’t a story. That was just an excuse that Lucila had invented one warm evening two years ago, when she’d spotted the crested caracara while washing their uniforms in the river. Her children, Yeikon and Yina, were playing in the water when the verdant smell and the sweat invaded everything without anyone else noticing. The grey clouds multiplied and Lucila knew that they had to hurry. She called out to the others and to the children, who hadn’t sensed anything out of the ordinary, but responded to her implicit warning.

She no longer lived with the anxiety brought by war. She had a job and a safe place to live. But it was impossible to forget

nature’s warnings, which had been with her from the beginning.

‘The one about the invisible bird?’ Mauricio added.

‘Yes!’ They both shouted, and Lucila gave in to their little voices.

Of course, the crested caracara wasn’t invisible, but during the armed resistance, amongst her old group of comrades, only Lucila could sense its presence and see it flying over the rivers, an ominous sign. It had been a gift from her mother to her and to her siblings. A gift whose purpose had remained unknown until she became a guerrilla. Her mother had also been called ‘Chimachimá’ when she was young, and so both the nickname and the ability to see the messenger bird were her legacy.

Whenever that happened, Lucila reported her sightings to the commander of the front, who’d been convinced of the veracity of the caracara’s warning after almost dying in the rainforest one night, surrounded by shadows made up of both human and animal forms. Ramiro, a huge, bearded man, usually cancelled their plans, although, when it was *really* necessary to make the trip, he managed to reach some form of agreement with ‘Mother.’ That is, with the jungle herself. Lucila knew that this unknown ritual worked because the sky would clear, and Ramiro would address the group, saying, ‘Tonight, we’re guided by *Lucila’s* jungle, *Lucila’s* moon.’ This indicated that they would start the journey soon, and that Lucila would lead the group.

But that night, after three days of endless walking, Lucila fell asleep thinking about how exhausting it was to be a mother. To be the light, at times when you felt like an orphan lost in the dark. Once again she wished she could turn into a bird, and thought about how Yeikon and Yina, who could perfectly imitate the birdsong of many species, were already one step ahead of her.

The next day, the expedition continued peacefully, and at around five o'clock in the afternoon they heard the sound of the water, trickling between the stones. The river was close. Not long after, Lucila's worst fear became a reality. She tried to avoid the strong, verdant smell of the jungle, a smell that fell like invisible rain and lingered in the atmosphere. She moved her arms to avoid the tingling and wiped the sweat from her hands, but it was useless. Meanwhile, Mayra was talking animatedly about the Amazonian waters and the Guaviare River to the scientists, who weren't yet aware of what was happening. Lucila blinked hard before looking up towards the sky, and that's when she saw it – a crested caracara flying over the river, calmly following the stream of water, like someone heading fearlessly into infinity.

She felt her entire body tremble and called out to Mayra, still staring at the sky. Her friend, who only saw treetops and clouds, understood her message and tried to reassure her.

'Tonight, there is danger in the rainforest,' Lucila snapped.

'Lucila, calm down. We can't run away, we're close to finding the bird and the whole team will be heading back in the morning,' Mayra said.

Lucila was about to reply when she heard the characteristic squawk. They all agreed that it was similar to a cry. The researchers set up the cameras and together with Mayra, they continued towards the riverbank, all the while looking around them to try to find the creature.

Lucilla thought she heard a voice coming from the water, so she leaned in to listen more closely. Resting calmly on a stone, with its sky-blue beak, honey-coloured eyes, its face – the colour of fire, perched a crested caracara.

(Never doubt your senses...)

'Finally we meet, *Chimachimá*. You're just like your mother. Don't try to flee from this jungle, the jungle that you're destined to protect. The earth will not fail, nor the river, nor the sky, if they're guarded by those with good intentions.

At the same time, some ten metres away, Mayra was the first to see the bird from Lucila's photos: white and brown feathers, a yellow face, and a white beak. It was a chimachimá – a yellow-headed caracara – although larger and more weathered. It stopped emitting its sound as soon as another bird landed next to it. This would be the greatest discovery of the day. Like a patchwork bird, the newcomer had dark grey feathers like that

of the black-fronted nunbird, the yellow face of the chimachimá, and the red beak of the glittering-throated emerald hummingbird – although longer, like the beak of a fork-tailed flycatcher.

The researchers marvelled at the sight, taking photos, as Mayra ran along the riverbank in search of Lucila. But she didn't find her. Not then, nor in the hours that followed when the whole team searched with her. After a long walk through the clear, moonlit night, they decided to take a canoe and continue the search downstream, but it was useless. Her friend had disappeared into the light and the jungle, into the light and the moon.

They returned to the village exhausted, only to be told that Yeikon and Yina, Lucila's children, had also disappeared. As they ate breakfast, Mayra came to make sense of it. In a nearby tree, the grey bird, with its red beak, still unidentified, perched on a nearby tree with her two chicks beside her. Mayra smiled at them for a few seconds, before watching them take flight, as they vanished into infinity.

Scientific and common bird names:

Caracara cheriway: crested caracara

Milvago chimachima: yellow-headed caracara

Amazilia fimbriata: Glittering-throated emerald hummingbird

Prilorelys resplendens: puku puku

Monasa nigrifrons: black-fronted nunbird

Tyrannus savana: fork-tailed flycatchers